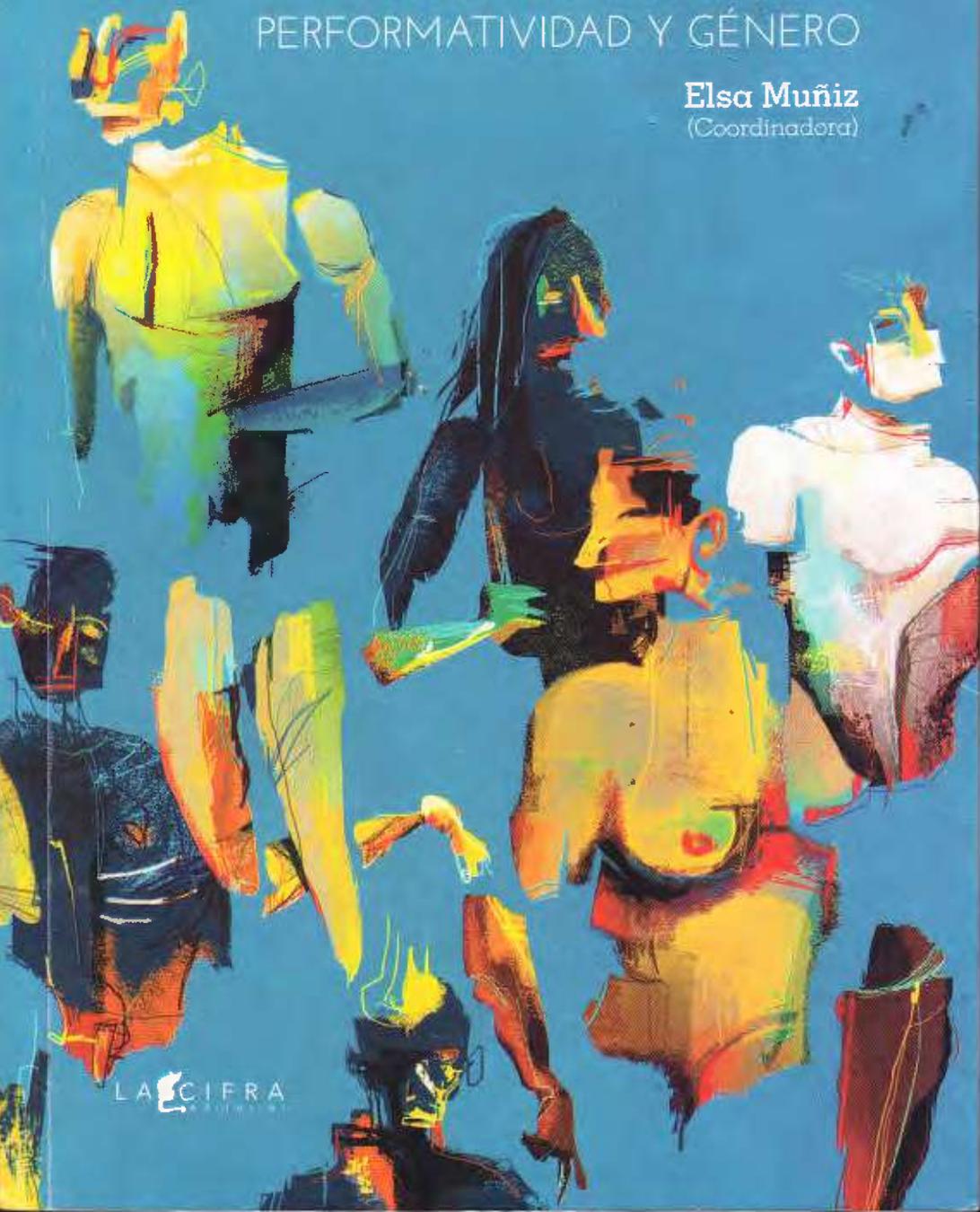


PRÁCTICAS CORPORALES: PERFORMATIVIDAD Y GÉNERO

Elsa Muñiz
(Coordinadora)



© *Prácticas Corporales: performatividad y género*
Elsa Muñiz (coordinadora)

© Primera edición:

La Cifra Editorial, 2014

Queda prohibida la reproducción total de la presente obra sin la autorización expresa del editor o del autor.

Diseño de portada:

Diego Álvarez y Roxana Deneb

Cuidado de la edición:

Genoveva Muñoz Castillo

Las imágenes contenidas en este libro se utilizan únicamente como parte de investigaciones académicas y su uso es responsabilidad de cada uno de los autores.

ISBN: 978-607-9209-18-6

La Cifra Editorial S. de R. L. de C.V.

LA C I F R A
E D I T O R I A L

Avenida Coyoacán 1256-501
Del Valle, Benito Juárez, C.P. 03100
Ciudad de México, México

www.lacifraeditorial.com.mx
contactolacifra@gmail.com

Impreso en México.

PRÁCTICAS
CORPORALES:
PERFORMATIVIDAD
Y GÉNERO

Elsa Muñiz
(Coordinadora)

ÍNDICE

PRÁCTICAS CORPORALES: PERFORMATIVIDAD Y GÉNERO Elsa Muñiz	9
CAPÍTULO 1 PERCEPCIÓN, IMAGINACIÓN E IMAGINARIO: POSIBILIDAD DE LAS PRÁCTICAS CORPORALES Adriana Guzmán	38
CAPÍTULO 2 CUERPOS Y PLACERES Teresa de Lauretis	64
CAPÍTULO 3 CUERPO DE MUJER: BIOPOLÍTICA DE LA BELLEZA FEMENINA Zandra Pedraza Gómez	80
CAPÍTULO 4 LA BELLEZA CUESTA. DE LOS TIPS A LA CIRUGÍA ESTÉTICA ¿CUÁL ES LA PROMESA QUE SE PERSIGUE? Adriana Fuentes Ponce	112
CAPÍTULO 5 MI IMAGEN, MI CUERPO. BELLEZA Y DIABETES EN TEHUANTEPEC, UNA PARADOJA COMPLEJA Verónica Rodríguez Cabrera	152
CAPÍTULO 6 BELLEZA TRANS Y TRANSICIÓN POLÍTICA EN ESPAÑA Rafael M. Mérida Jiménez	179
CAPÍTULO 7 JUVENTUD, BELLEZA Y DESEO Mauricio List / Manuel Méndez	194

CAPÍTULO 8	229
EL DEPORTE: LA CONSTRUCCIÓN DE CORPORALIDADES ATLÉTICAS Y LAS ACCIONES DEPORTIVAS Fernando Torres García	
CAPÍTULO 9	254
METAPORNOGRAFÍA Y RETRATO <i>HARDCORE</i> Fabián Giménez Gatto	
CAPÍTULO 10	280
FEMINIDAD POSPORNOGRÁFICA Alejandra Díaz Zepeda	
CAPÍTULO 11	308
EL CUERPO NEGADO DE LAS MUJERES VIOLADAS Fernanda Núñez Becerra	
CAPÍTULO 12	330
DES/INTEGRIDADES IDENTITARIAS: LAS FRONTERAS CORPORALES DE LA COMPLETITUD Meri Torras	
CAPÍTULO 13	348
LA DESINTEGRACIÓN DE LO HUMANO: EL CUERPO DE LA MONSTRUOSIDAD Adriana Boria	
CAPÍTULO 14	361
INTERVENCIONES DE LOS CUERPOS E IDENTIDADES JUVENILES: EL CASO DE LOS EMOS, LAS MARAS Y EL BARRIO 18 Alfredo Nateras Domínguez	
ACERCA DE LOS AUTORES	383

CAPÍTULO 14

INTERVENCIONES DE LOS CUERPOS E IDENTIDADES
JUVENILES: EL CASO DE LOS *EMOS*,
LAS MARAS Y EL BARRIO 18

Alfredo Nateras Domínguez

INTRODUCCIÓN

Una de las temáticas *emergentes* en la discusión contemporánea en las ciencias sociales y humanas es, sin duda, lo relacionado a los cuerpos,¹ o mejor dicho, a las prácticas corporales/las *corporalidades*.² Las rutas y las trayectorias de aproximación disciplinar para su análisis y comprensión son demasiado heterogéneas y, en la mayoría de los casos, ríspidas y confrontadas, en cuanto a los lugares de enunciación teórico-académica que se complejiza por la disputa en la definición de los dispositivos y del diseño de las estrategias metodológicas en la construcción de la evidencia empírica (sea esta cuantitativa o cualitativa).

Desde estas lógicas, los territorios de la enunciación que marcan la edificación, en mi caso, de *mi mirada* cuando *miro* y *me acerco* a los contextos.

¹ Los Congresos Internacionales de “El Cuerpo Descifrado” —a partir de 2003, a la fecha— han sido uno de los referentes académicos de reflexión imprescindibles y más significativos en los estudios de las *corporalidades* en México y en América Latina, generados e impulsados por la Dra. Elsa Muñiz (UAM-X).

² La referencia a las acciones corporales y a las *corporalidades*, lo podemos situar básicamente en los estudios de género y del feminismo. La idea clave es que los cuerpos, en una parte, son producidos/son una construcción a través de sus usos (empleando una variedad de tecnologías para su alteración), en este sentido, pueden devenir en cuerpos de la mutilación, de la desnudez, de la pornografía, de los tatuajes, de las perforaciones, de las suspensiones, de las cirugías cosméticas y de la belleza, entre otras posibilidades de ser cuerpos. Para una mayor profundidad teórico-analítica, los interesados pueden consultar los trabajos de Muñiz (2010 y 2011).

Cuando interactúo en los escenarios, con los sujetos y propiamente con el objeto de estudio que son las intervenciones corporales, mismas que están ligadas a ciertas adscripciones identitarias infanto-juveniles, dichas intervenciones corporales están trazadas por la psicología social (más sociología que psicología). Es en este sentido, que me interesan (como unidad de análisis), los grupos/las colectividades desde una perspectiva antropológica (la veta simbólica, el más allá de la materialidad y de lo objetivo de las acciones sociales y de las manifestaciones culturales). Me interesan sus representaciones³ —lo que atañe a las subjetividades y a sus imaginarios—⁴ en los registros de lo público.

A partir del despliegue y de la puesta en escena de esos lugares o sitios de la enunciación, también considero importante ligarlos a la visibilización del posicionamiento, (¿político?) a través de preguntar: ¿cuál sería la utilidad social de los conocimientos y de los saberes que construimos cuando investigamos lo que investigamos y, por ende, incidimos en las realidades socioculturales en lo que atañe a los estudios de las prácticas corporales/de las *corporalidades*, vinculadas a ciertas adscripciones identitarias infanto-juveniles como es el caso de los *emos*, la Mara y el Barrio 18?

En tanto posibles respuestas provisionarias, pienso que tendríamos que apuntar y aspirar, entre otras consideraciones, a la edificación de ciertas narrativas teórico-metodológicas sólidas y etnográficamente solventes a fin de entrar en la disputa de la arquitectura de los sentidos y significados, frente a los discursos dominantes o hegemónicos. En este caso, en lo que atañe a las

³ Hablo de las Representaciones Sociales como una categoría de análisis en los ámbitos de lo sociocultural, cercano a sus registros cognitivos-descriptivos, en relación a los procesos y a los mecanismos de las opiniones, de las imágenes y de las actitudes, Cfr., Moscovici (1979). En cuanto al uso de la categoría desde su valor didáctico, plástico y flexible, se sugiere consultar las aportaciones de Maritza Montero (1994) y de Tomás Ibáñez (1988); (1992).

⁴ Con respecto al imaginario, recuperamos la postura de la psicopsicóloga, Martha De Alba (2007: 293), cuando afirma: “(...) es un fluir de imágenes, de símbolos, que existe por sí mismo, no tiene necesariamente un fin de comprensión, ni de acción sobre un objeto (...) es una construcción simbólica de carácter más espontáneo que no necesariamente tiene tiempo y lugar, y cuyos puntos de referencia o anclaje en el mundo exterior son opacos y débiles (...) El imaginario puede no tener objeto, puede construirse a partir de la libre asociación de imágenes sin sentido, de las ensueños y de las fantasías”.

intervenciones corporales asociadas a ciertas identidades infanto-juveniles situadas en prácticas divergentes⁵ al borde/al límite (Valenzuela, Nateras y Regullo, 2007) o en lo alterno, como las que se llevan acabo en los agrupamientos conocidos como los *emos*, las Maras y el Barrio 18; adscripciones que, parafraseando a Erving Goffman (1993), podríamos catalogarlas como *identidades deterioradas*.

Por ello, el propósito de este artículo es dibujar las coordenadas espacio-temporales de manera amplificada con respecto a los usos del cuerpo, es decir, a sus intervenciones (las tecnologías), llevadas a cabo por ciertos integrantes de tales agrupamientos infanto-juveniles que últimamente han sido muy visibles en el espacio público —la calle/el barrio/la comunidad— y en los relatos mediáticos tanto impresos —revistas, periódicos— como electrónicos —programas de radio y de televisión, con todo y sus especialistas.

Dos de estos colectivos se ubican en la región conocida como el Triángulo del Norte Centroamericano constituido por El Salvador, Honduras y Guatemala —las Maras y el Barrio 18—, y los otros: los famosísimos *emos*,⁶ quienes lograron notoriedad en 2008, en especial en México y en Chile, dadas las situaciones de acoso y de violencia ejercida, tanto real como simbólicamente, contra ellos y ellas en formatos de homofobia y de discriminación con todo y su estela de estigmas e intolerancias que, además, circularon en el espacio de los *cibernautas*, es decir, en las redes sociales a nivel nacional e internacional.⁷

Para esta reflexión, me he apoyado en la hechura de una metáfora (Lakoff y Johnson, 1980) que consiste en considerar a lo visual/a la fotografía, en tanto imágenes fijas, como una suerte de narrativas/de discursos (¿foto-etnografía?), basados en un registro iconográfico, en ellas, dilucidaremos los marcajes identitarios infanto-juveniles inscritos en alguna parte

⁵ Al respecto, los lectores interesados pueden consultar los trabajos de Roberto Brito, quien alude al término o al concepto de la *praxis divergente*, Brito (2002).

⁶ La *Revista Topodrilo*, de la Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Iztapalapa, en su Número 8, tiene un apartado denominado “Tribus Juveniles”, de donde sugerimos dos textos que analizan lo sucedido. Ver Maritza (Urteaga, 2008 y Nateras, 2008).

⁷ Simplemente hay que recordar que la lanzada contra las y los *emos* en la plaza central de Querétaro, el domingo 9 de marzo de 2008, se gestó, circuló y provino de las redes sociales. A su vez, cuando se fincaron responsabilidades a los acusados, se basaron en la evidencia digitalizada, es decir, encontraron en sus teléfonos celulares los mensajes a partir de los cuales azuzaban a la gente y convocaban para ir a agredirlos.

de la piel, de la carne y de sus cuerpos, es decir, en las estéticas corporales: la *facha*/el *estilo*/el *porte* en formatos de tatuajes —Maras y Barrio 18—; de los *cohortes* —las y los *emos*—; las *charrascas*, así denominadas en los espacios del encierro.⁸

LAS Y LOS EMO-TIVOS

Un aspecto imprescindible en todo tipo de análisis es situar a los sujetos y a los objetos de la indagación con respecto a sus contextos (políticos, sociales, económicos y culturales) en tanto y, por una parte, son los que los producen/los reproducen al mismo tiempo que nos proporcionan ciertas claves hermenéuticas/interpretativas para su mejor comprensión.

Por lo común, en el abordaje de las adscripciones identitarias infanto-juveniles, los discursos mediáticos suelen des-contextualizar e individualizar lo social en tales agrupamientos y construyen en el imaginario público/colectivo (De Alba, 2007), la idea de que son una especie de generación espontánea, incluso desconectándolos de sus rutas y de sus trayectorias en su constitución *historiográfica*.⁹

La década de los años 80 es un referente paradigmático en la configuración de una gran variedad de colectivos juveniles que empiezan a visibilizarse en el espacio público de la calle y en varias ciudades del país (Tijuana, Baja California; Guadalajara, Jalisco; Monterrey, Nuevo León y México, Distrito

⁸ Hay algo en el tiempo y en el espacio social de la vivencia del encierro en las prisiones —las cárceles— (quizás la dureza, el aislamiento, la soledad, o incluso el malestar y la protesta) que se expresan en violencia corporal (auto infligida —los *cohortes*/las *charrascas*—), donde las *corporalidades* funcionarían como uno de los reductos antes del derrumbe definitivo. Asimismo, las cicatrices son un símbolo de valentía, de “aguante”, por lo que ayuda en la construcción del prestigio y del respeto ante los otros similares (Payá, 2006). Esta matriz de sentido y de significación es muy parecida y se encuentra en algunos miembros, hombres y mujeres de agrupamientos juveniles como los *emos* (Nateras, 2010), o en la condición juvenil y adolescente como tal (Le Breton, 2010).

⁹ Una de las ausencias y deudas más notorias en la investigación de las identidades juveniles es el hecho de que no tenemos aún la reconstrucción de las trayectorias y de las mutaciones de los agrupamientos más significativos, por ejemplo de los *pachucos* a los *cholos* y, de éstos, a la *Mara Salvatrucha* (MS-13) y a la *pandilla Barrio 18* (B-18).

Federal) e incluso del mundo (Los Ángeles, California, USA; Londres, Inglaterra; París, Francia y Berlín, Alemania como los sitios más emblemáticos).

Quizás los más espectaculares, en el caso mexicano, fueron los de la escena del *Heavy Metal*, los *punks* y los *rocanroleros* quienes, a través del diseño de sus estéticas y del rediseño de sus *corporalidades*, alcanzaron una amplia notoriedad, por ejemplo los *heavy metaleros* y sus negras vestimentas con tatuajes de calaveritas; los *punks*, con cortes de pelo tipo mohicano y el uso de sus cuerpos como un instrumento de interpelación al poder: navajas de rasurar colgando de los oídos o seguros atravesándoles los cachetes; y los *rocanroleros*, con sus pantalones de mezclilla grasosos y ajustados, chamarras de cuero y los incipientes tatuajes insinuando las iconografías de sus grupos favoritos o ídolos musicales.¹⁰

Una veta de lo que podríamos denominar los inicios de la escena oscura y marcada fundamentalmente por la música como un articulador u organizador sociocultural (los descriptores) de las acciones sociales y de las expresiones en registros culturales, se encuentran precisamente en el agrupamiento de los *emos*/los *emotivos*, quienes aluden a la primacía por las emociones/lo emocional, es decir, al privilegio de las afectividades como una manera de estar en el mundo, cuyas centralidades por lo común se encuentran en la alegría, la felicidad, la *amorosidad*, la tristeza, la melancolía y la depresión.

En la década de los años 90, la presencia de las y de los *emos* fue silenciosa, latente e implícita, frente a otros agrupamientos que se consolidaron en el imaginario público (De Alba, 2007) y que acaparaban más la atención de los medios masivos de comunicación, de las instituciones del Estado -las escuelas-, cuya puesta en escena en el espacio público de la calle fue espectacular y, sobre todo, transitando la ciudad, por ejemplo, en el caso de los *darketos*, los *góticos*,¹¹ los *hip-hoperos*, los *cholillos*, los *vastas*, los *skates* o los *grafiteros*, sólo por mencionar a los más significativos.

¹⁰ Una de las investigaciones más interesantes y, texto obligado, en los estudios de la música del Rock Mexicano, como matriz en la producción sociocultural y de las identidades juveniles es el trabajo de la antropóloga Maritza Urteaga (1998). En dicho libro se encontrará, entre otras adscripciones, referencias etnográficas a las escenas de los *heavy metaleros*, los *punks* y los *rocanroleros*.

¹¹ Preferimos hablar de "escena", en vez de movimientos sociales, en este sentido, en la escena oscura, habitan los *heavy metaleros*; los *emos*; los *darketos*, los *góticos* y los *vampiros* como los más representativos con todo y sus especificidades.

Esto implicó, en cierto sentido, el poco conocimiento de las demás adscripciones identitarias juveniles (los *emos*/los *regueatoneros*/los anarquistas/los *veganos*¹²/las *lolitas*¹³) que no significaron de ninguna manera su desaparición, simplemente estuvieron ahí y continúan en su proceso de ser/de estar en el mundo junto a los espacios que hacen a su cotidianidad, es el caso de la familia, la escuela, las Ferias del MultiTrueke¹⁴ que son los ámbitos de las prácticas y las acciones sociales o de la expresión de las creencias religiosas (“San Juditas”);¹⁵ y la gran variedad de sitios de divertimento de los que se han apropiado, pensemos en las estaciones del metro, los parques, las plazas comerciales, los *antros*, los bares, las cantinas, los *perreos*,¹⁶ las fiestas y sus propias casas.

En la primera década del siglo XXI (2000-2010) presenciamos el tránsito de lo implícito a lo explícito de una gran variedad de éstas adscripcio-

¹² Son los que comparten, entre otras cuestiones, el estilo de vida de no comer carne y productos derivados, así como una preocupación por lo ecológico, su diferencia con los vegetarianos, es que éstos sí llegan a comer carnes blancas (pescado, por lo común).

¹³ Es quizás de los colectivos menos conocidos en el caso del Distrito Federal, no así, en Tijuana Baja California y Monterrey, Nuevo León, donde la escena es muy fuerte. Una de sus cualidades es que mayoritariamente está conformado por mujeres. Tratan de reivindicar el aspecto estético, la moda y lo femenino/feminista. Para esto se visten haciendo alusión a la era victoriana, el barroco y lo infantilizado como una forma de protesta simbólica ante el lugar clásico y subalterno en que se les coloca como mujeres en nuestra sociedad mexicana: abnegadas, amas de casa y madres.

¹⁴ Una de las Ferias del Trueke donde la idea es resaltar lo comunitario y llevar a cabo economías alternas, a partir de la concurrencia de las y de los *prosumidores*, -los que producen algo y consumen a la vez, vía el intercambio—, es en el Kiosko de la Magdalena Mixiuhca (entre las estaciones del metro Jamaica y Mixiuhca de la ciudad de México). Los aspectos interesantes es la asistencia y la participación de miembros de adscripciones identitarias juveniles como: *neo zapatistas*, *anarquistas*, *Yo soy 132*, *veganos* y otras.

¹⁵ Cada 28 de mes, en la Iglesia de San Hipólito, México DF, se reúnen los creyentes a San Judas Tadeo, el benefactor de las causas imposibles y perdidas. Uno de los agrupamientos juveniles que más concurren a estos festejos, son los denominados *regueatoneros* (despectivamente llamados *chacas*, —de *chacales*, peor que *nacos*).

¹⁶ Fiestas donde el tipo de baile está cargado de erotismo, ya que se simulan una serie de posiciones sexuales muy abiertas y explícitas. Por lo común, se llevan a cabo en la periferia de la ciudad de México.

nes identitarias infanto-juveniles (*emos/regueatoneros/lolitas/mirreyes*¹⁷/*hipsters*¹⁸) que logran visibilizarse de una manera múltiple y a ritmos diferenciados en función de los vaivenes sociales, los códigos de la política, las vicisitudes culturales y los caprichos de la atención y de la construcción iconográfica de los medios masivos de comunicación (impresos como electrónicos).

Las Tecnologías de la información y de la comunicación (TIC), en formatos de teléfonos celulares (Black Berry), *tablet* (Ipad) y de redes sociales (Facebook, Twitter, Instagram) son los mecanismos y artefactos o instrumentos socioculturales que, invariablemente, la gran mayoría de tales agrupamientos infanto-juveniles emplean y utilizan para llevar a cabo sus versiones digitalizadas y construir sus presencias (Díaz, 2002), edificar sus respectivas imágenes y auto representarse, ante y frente a las y a los otros. Por ejemplo, en el caso de los *mirreyes*, lo que más “suben” en sus espacios y redes, son las imágenes donde resaltan el diseño de sus *corporalidades* hiper-masculinizadas (con las camisas desabotonadas mostrando el pecho, o las cadenas de oro). Por otro lado, en lo que atañe a los *emos*, aparecen incluso determinados tipos de heridas corporales que se hacen en uno de sus lugares preferidos: los brazos.

En términos amplificados, los *emos* son agrupamientos de púberes y, en todo caso de adolescentes que están en la transición de dejar de ser niños o niñas, por lo que no son estrictamente jóvenes (si nos atenemos a sus rangos de edad y a sus prácticas sociales), es decir, se sitúan en los umbrales y en las fronteras todavía de lo infantil, lo cual implica que una de sus características, además muy potente, con respecto a su adscripción identitaria y frente a las demás que están más consolidadas —los *cholos*, los *neopunks* o los *darketos*—, es que transitan en los intersticios de esos y de otros conglomerados

¹⁷ Jóvenes de las clases económicamente más altas y ricas, conocidos también como los *neo fresas*, los *neo junior* y *neo yuppies*, quienes son demasiado ostentosos y una de sus cualidades está en los excesos; en lo que gastan, en los autos de lujo que traen, poseen yates, se hacen acompañar de modelos y mujeres muy guapas, así como beben de lo mejor (*Champagne - Veuve Clicquot Ponsardin*) y les interesa también ropa de marca comprada en las tiendas más exclusivas, tanto nacionales como extranjeras.

¹⁸ Considerados como *neo hippies*; intelectuales, preocupados por las manifestaciones culturales y artísticas, de clases medias y medias altas, siguen las corrientes indies (independientes, en los gustos musicales, o en la ropa que utilizan), están en contra de las clasificaciones por lo que la mayoría no se reconocen como tales.

juveniles, lo cual los hace difíciles de aprehender, ubicar o definir; son inabismables como los tiempos sociales y culturales que nos están tocando vivir y experimentar.

Una de sus cualidades más sobresalientes en la escenificación o en la representación de su puesta en escena tiene que ver con la facha, el estilo y el diseño de su estética corporal que los caracteriza y que tiende a lo que podríamos denominar como *lo andrógino* (situación que cuestiona las identidades sexuales heterosexuales). En primera instancia, interpelan a las imágenes dominantes de la masculinidad de otros agrupamientos juveniles en el espacio público de la calle en las ciudades, sobre todo en lo que se refiere a los ámbitos de la escuela (por lo regular, a nivel de la secundaria y de la preparatoria).

Además, algunos de ellos y de ellas, edifican una imagen sociocultural de indefensión y de fragilidad ante el "otro", lo cual pareciera "envalentonar" a una parte de los *machines* de ciertos agrupamientos juveniles que utilizan estrategias de sobrevaloración de la masculinidad. Asimismo, la combinación de los aspectos andróginos con la indefensión, produce representaciones que se colocan en los límites y en las fronteras de lo infantilizado, máxime porque en la mayoría de los casos son cuerpos delgados y frágiles que se contraponen, a lo rudo, a lo fornido y a lo atlético de ciertos integrantes de los *heavymetaleros*, de los *punks* o de los *cholillos*.

¿Identidades violentadas?

Con respecto al agrupamiento de las y de los *emos*, estamos ante identidades que han sido violentadas, es decir, objeto de agresiones y de descalificaciones que se expresan desde diferentes tesituras y rostros. Uno de ellos es en relación a la homofobia que está instalada e incorporada, en términos generales y plásticos, entre los distintos agrupamientos juveniles como intra-grupalmente, es decir, en una parte de sus afiliados y adscritos. Sólo por mencionar algunos, tenemos a determinados *darketos*, *cholos* y *rocanroleros*, que se han mostrado demasiado intolerantes al marcaje de la diferencia a partir de las estéticas corporales y en particular hacia a la orientación homosexual de algunos *emos/emotivos*.

El mecanismo que desata tal homofobia tiene que ver con el diseño o el rediseño que llevan a cabo de sus cuerpos, en el entendido de que usualmente van ataviados con pantalones apretados; blusas y playeras de colores pasteles (rosas, verdes, amarillos, morados, azules); de tenis muy *femeninos*; decorados con alguna tenue arracada y arreglos en el cabello como moños, diademas, pulseras (aunque más en el caso de las mujeres). El estilo es abiertamente andrógino; playeras ajustadas, con rímel en los ojos y el clásico corte de pelo: negro, lacio, derramado y con el fleco o el copete hacia un lado, tapando no sólo un ojo, sino una parte del rostro que significa la vergüenza que les causa mirar la realidad caótica de la sociedad.

Esta violencia ejercida por parte de algunos grupos contra ellos y ellas, demuestra cierta dosis de intolerancia cultural en relación a no aceptar y a no reconocer la diferencia identitaria de “los otros”. Dichos colectivos no toleran el hecho de que tomen ciertos emblemas o artefactos culturales de sus agrupamientos, por ejemplo, la vestimenta negra recuperada de los *neo punks*, o los pantalones ajustado de los *rockeros*; de ahí que se gesta un odio, ante todo, anclado en la homofobia que va dirigida hacia estos jóvenes cuya adscripción identitaria se ha constituido como las y los *emos*.

En tanto que las configuraciones identitarias juveniles contemporáneas están fuertemente estructuradas y ligadas a las redes sociales a través del ciberespacio, ya sea en los formatos de Facebook, de Twitter, de los Black Berry, o del Ipod, esta intolerancia viaja y ha transitado por una multiplicidad de sitios digitalizados, por lo que el asunto es muy delicado, ya que son una suerte de “comunidades de la intolerancia”, basta por ejemplo, seguir las conversaciones a través de Facebook o de Twitter para darse cuenta de los discursos y de las narrativas de la descalificación “del otro”, como está sucediendo actualmente con el agrupamiento de los *reagueatoneros*.

Las fronteras corporales

Los cuerpos, para los integrantes de la mayoría de las adscripciones identitarias infanto-juveniles, son una especie de territorios y de lugares con respecto a las decisiones “relativas de sí”, lo cual implica que dentro de sus cualidades está imprimir el valor de lo estético/de la belleza, el verse bien/bonitos, como les venga en gana y, a su vez, es de lo poco que les queda, en virtud de los

procesos de desigualdad y de exclusión social (Saraví, 2009) en los que están inmersos una gran parte de ellos y de ellas.

Las tecnologías del cuerpo que utilizan son muy diversas, van desde pintarlo (el *body painting* o la *henna*), perforarlo (arracadas y otros artefactos) tatuarlo (las iconografías/las palabras), las incrustaciones-microcirugías (se insertan metales o piedras preciosas debajo de una de las capas de la piel), hasta realizarse una serie de cortaduras (*charrascas*, mencionábamos, así conocidas en los espacios del encierro), o de marcas hechas deliberadamente (cicatrices) con objetos punzo cortantes (navajas, cuchillos, vidrios, metales).

Quizás lo más llamativo y espectacular a la mirada de quien los mira, sean las heridas que se practican una parte de los integrantes de los *emos*, tanto hombres como mujeres, quienes regularmente se lastiman en el rostro, los brazos y la espalda. De los relatos reconstruidos (Nateras, 2010) queda la impresión de que tienen o poseen ínfimas estrategias para afrontar las vicisitudes de su vida cotidiana, como por ejemplo, en sus relaciones familiares que a veces son complicadas; en sus vínculos amorosos en códigos del desamor e, incluso la impotencia que sienten cuando son molestados o violentados (golpeados) cotidianamente en el espacio de la escuela por su adscripción identitaria como *emos*.

Desde las coordenadas y los registros de las narrativas psicológicas, podríamos decir que cortarse alguna parte del cuerpo, tiene que ver también con una especie de debilitamiento en la capacidad de significar/de crear sentido, con respecto a todo aquello que amenaza y que causa dolor a la estructura psíquica de los sujetos y de los actores sociales, es decir, ante la ausencia de la palabra/del discurso como elemento que ayude a su simbolización, a su comprensión y a su elaboración. El recurso que queda, desde lo más arcaico del psiquismo, es atentar o intervenir el cuerpo de una manera radical y drástica.

En este sentido, los cuerpos/las *corporalidades* funcionan como una secuencia de metáforas (Lakoff y Johnson, 1980) y de imágenes interconectadas que aluden a las fronteras, a los intersticios, a los umbrales, a los límites y a los bordes, en otras palabras, serían los continentes que logran todavía “contener” aquello que no puede ser simbolizado y donde la palabra no alcanza o no alcanzó, por lo tanto, lo que quedarían son los cuerpos; la carne y la piel, antes posiblemente, del colapso definitivo del psiquismo (¿el suicidio?).

LAS CORPORALIDADES DE LA MARA SALVATRUCHA (MS-13) Y EL BARRIO 18 (B-18)

De igual manera, la década de los años 80s, es crucial para entender y comprender las configuraciones de las adscripciones identitarias infanto-juveniles de la pandilla¹⁹ del B-18 y de la MS-13 centroamericanas. Hay que recordar que en el caso de El Salvador se da una cruenta guerra civil entre el ejército y la guerrilla encabezada por el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN);²⁰ en Guatemala, mientras tanto, el genocidio es llevado a cabo contra las poblaciones campesinas e indígenas; y en Honduras, la represión brutal va dirigida hacia los líderes sociales, los comunistas —los rojos— y los estudiantes con tendencias de izquierda.

Como una de las estrategias familiares para salvaguardar a una parte de la generación de esos niños, de tales adolescentes y de dichos jóvenes, se les incorporó y envió a través de los procesos migratorios, particularmente a los Estados Unidos de Norteamérica (USA) d finales de la década de los años setentas en adelante. Quizás la paradoja es que la conformación de estos agrupamientos se realizó en el país de llegada, es decir, en USA y no en las patrias de origen (El Salvador, Honduras o Guatemala).

Si bien es cierto que en términos amplios y en una de sus acepciones, en Centroamérica, particularmente en El Salvador, la palabra *mara* quiere decir grupo/colectivo/palomilla (Romero, 2003) lo importante es dar cuenta que hay una diversidad de *maras*: estudiantiles, deportivas, de amigos, de ancianos y la Salvatrucha (MS-13) y, por extensión, la pandilla del Barrio 18 (B-18), constituidas como mecanismos y dispositivos de sobrevivencia cultural en el país de llegada (USA); por lo que adquieren e incorporan determinados principios y rasgos socioculturales de los agrupamientos como los *cholos* mexicanos que a finales de la década de los años treinta habían llegado ya a la tierra prometida: los Estados Unidos de Norteamérica.

¹⁹ El término *pandilla* proviene de la palabra en inglés *Gang* y literalmente alude a la violencia, a la delincuencia y al que delinque. Tal terminología proviene de los estudios de la Escuela de Chicago de los años 20 y 30 del siglo pasado (S. XX).

²⁰ La película del cineasta mexicano, Luis Mandoki, *Voces Inocentes*, es muy reveladora y significativa al respecto.

En estas coordenadas y siguiendo una de las hipótesis teóricas de José Manuel Valenzuela (2007), la recién constituida Mara Salvatrucha (*salva* de El Salvador y *trucha*, ponerse listo; alude a un salvadoreño “abusado”, identidad nacional); el Barrio 18 (mexicanos, hondureños, guatemaltecos y salvadoreños), retoma los emblemas culturales y el rostro identitario de los *cholos* mexicanos, en lo que atañe a la estética corporal; la manera de hablar; las iconografías de los tatuajes; la apropiación del barrio; los *placazos* en los muros y en las paredes de las calles e incluso replican los formatos micro grupales de asociación de las *clicas*²¹ o los *crews*.²²

En cuanto a las estéticas y a los usos del cuerpo, las prácticas/las *corporalidades* (Muñiz, 2010), adquieren un sentido de apropiación del cuerpo en tanto territorio, como espacio político, ya que a través de él y de las iconografías inscritas en la piel, intentan comunicar rasgos de la identidad nacional con escritos en el pecho y en el cuello como: “100% salvadoreños”/“los auténticos salvadoreños”, es el caso de la MS-13. Por otra parte, los miembros del B-18 resaltan sus creencias religiosas con imágenes de la Virgen de Guadalupe; aunque lo más importante es la afiliación y la pertenencia al barrio, cuya potencia queda plasmada en la significativa frase: *por mi madre vivo y por mi barrio muero*.

Sin temor a exagerar, creo que estamos ante la presencia de lo que bien podríamos denominar como adscripciones identitarias infanto-juveniles encarnadas, que podemos mirar y visibilizar a través de las iconografías tatuadas en la piel y en varias zonas del cuerpo, por ejemplo, el nombre de los *homies*²³ caídos; fechas emblemáticas; las vivencias en la cárcel; la *clica*; las imágenes religiosas; las *jainas*,²⁴ incluso alusiones a la madre; el rostro de los payasitos (riendo y llorando); y las infaltables letras o números, haciendo referencia a la pertenencia, ya sea a la Mara Salvatrucha (MS/EMES/MS-13), o al Barrio 18 (666/18/*eigtheen*), respectivamente.

Hay una trayectoria importante, una especie de desplazamiento que sigue la ruta del espacio estético de la calle y de los muros, al espacio es-

²¹ Secciones, sectores y células en la que se dividen las adscripciones de los *cholos*, las Maras y el Barrio 18, principalmente.

²² Aplica para las *flotillas* de las y los *grafiteros*, similar a los *combos* de los *reagueatoneros*.

²³ Amigos fraternales/“hermanos”, no consanguíneos.

²⁴ Alude a la pareja, la novia, la mujer y la compañera.

tético de los cuerpos como territorios y lienzos, básicamente inscritos en formatos de iconografías a través del tatuaje, de las palabras/de ciertas escrituras, algo que se asemeja y se parece, desde su valor de metáfora (Lakoff y Johnson, 1980), a una especie de galerías ambulantes, de grafitis itinerantes que arrojan pistas importantes a fin de reconstruir las historias de vida e historiografías grupales de las micro identidades infanto-juveniles a las que se pertenece.

Esto implica que tal desplazamiento comparte una similitud de imágenes y al mismo tiempo sirve como una suerte de *carnet de identificación* cuando se circula la calle, se camina el barrio o se recorre la ciudad, ya que facilita o dificulta (dependiendo desde dónde se ubiquen en función de la identidad) el tránsito de un barrio a otro, o simplemente tener la mala suerte de encontrarse, tanto con los elementos de seguridad del Estado y los escuadrones de limpieza social o con algún integrante de la pandilla contraria, por lo que los riesgos aumentan de por lo menos ser golpeado, correteado o incluso asesinado (*sacado de las calles/ bajado del avión*).

Si consideramos a las *corporalidades* (Muñiz, 2010), desde las imágenes de una galería ambulante y, como tal, lo que se coleccionarían serían los trozos, los sucesos y los acontecimientos que van o que fueron marcando los derroteros de la vida individual construida social y colectivamente, entonces, a través de llevar a cabo un delineado fino y tejer las coordenadas socio-culturales (¿generacionales?) podríamos (ubicando el espacio temporal en que se fueron inscribiendo las imágenes y las letras) reconstruir sus historias de vida.

Dentro de los marcajes iconográficos y a partir de seguir las escrituras, de igual manera, es viable mirar y dar cuenta de las situaciones de violencia en la que han estado, tanto en aquellas en las que han sido protagonistas, es decir, cuando se le ha ejercido como en las que se las ha padecido. En tanto ser sujetos de las violencias, resaltan los hechos de haber matado y herido a alguien o participado en enfrentamientos con las pandillas rivales y con los elementos de seguridad del Estado. En cuanto a ser objetos de las violencias, sobresalen los maltratos que han sufrido en las cárceles, en los ámbitos familiares, frente a las *clicas* contrarias y en los encuentros con los escuadrones de la muerte y de la limpieza social.

Los residuos y las huellas de dichas violencias de igual manera se marcan y se anclan a las *corporalidades*; vía las cicatrices (acuchillamientos/disparos),

en determinadas partes del cuerpo amputados (una mano, los dedos, una pierna, un ojo) y, lo más fuerte, es cuando los dejan inválidos (en sillas de ruedas, en muletas, paralíticos o postrados en la cama), lo cual los sitúa en un lugar social como sobrevivientes (veteranos) que conlleva una estela de respeto relativo, ya que difícilmente en alguna otra confrontación atentarán contra ellos o ellas, o no se atreverán a hacerles daño alguno.

Otro de los aspectos interesantes de dichas *corporalidades* son las afectividades que las atraviesan y que de igual manera los habitan y los van encarnando, dicho de otra manera, las emociones y los sentimientos de amor (hacia los hijos o hijas); de odio (contra la policía); de venganza (ante la pérdida de alguien); de tristeza (por no poder ver a la familia); de felicidad (porque se alcanza la libertad); de esperanza (ya que las cosas están mejorando en sus vidas); de igual manera se plasman en una gran diversidad de tatuajes y de escrituras. Por ejemplo, se inscriben en la piel los nombres de sus mujeres (las *jainas*), o de sus hijas que no pueden ver; por lo regular los apodos de sus *homies* que ya los asesinaron; referencias a la madre; al barrio y a su *dica*, considerada como su familia (*por mi madre vivo y por mi barrio muero*); imágenes como los cristos (muestra de sus creencias religiosas); y tumbas (donde yacen sepultados sus seres queridos).

Los borramientos de los anclajes o emblemas identitarios

Una de las prácticas y de las acciones que también tienen que ver con intervenir los cuerpos y que adquiere un carácter novedoso, ya que es una trayectoria invertida en cuanto a la adscripción identitaria encarnada a través de una gran variedad de iconografías (tatuajes) y de escrituras (palabras / frases), es el mecanismo del *borramiento* que consiste en usar determinadas técnicas y tecnologías (rayo láser / quemaduras), a fin de retirar las imágenes y las letras que están inscritas en los cuerpos, en la piel y en la carne.

Hay un entramado interrelacionado en función del cual se entretrejen una diversidad de motivos y de causas que llevan a algunos integrantes, hombres como mujeres, a tomar esa decisión tan difícil/tan fuerte y con una carga afectiva muy potente. Lo que más sobresale es tratar de no ser identificado por los elementos de seguridad del Estado; los escuadrones de limpieza social y de la muerte; por lo que tienden a quitarse aquellos que

los visibiliza de inmediato en los espacios públicos de la calle y circulando la ciudad como los tatuajes que portan principalmente en la cara / el rostro, el cuello y los brazos. Esta acción, al menos en sus imaginarios (De Alba, 2007), reduce la posibilidad de ser detenidos, reprimidos e incluso asesinados (desde el argot; “sacados de las calles” / “bajados del avión”).

Otra de las razones, cercanas a la anterior la podríamos denominar como *el más allá del aniquilamiento* que conlleva la fantasía de eliminar cualquier huella o emblema del lugar social que se les adjudicó y se asumió a partir de la membresía y de la afiliación a la adscripción identitaria, ya sea como integrantes de la Mara Salvatrucha (MS-13) o de los *homies* del Barrio 18 (B-18). En este intento de quitar cualquier evidencia del lugar social que ha dado la adscripción identitaria juvenil se tiende a desmontar los resortes socioculturales para no ser criminalizado y, por consiguiente, des-centrarse de los estereotipos, la discriminación y de los estigmas (Goffman, 2003) que padecen con sus amigos, la familia y la sociedad como tal.

Con respecto a otras lógicas teórico-conceptuales como retirar los identificadores corporales (los tatuajes de la clica correspondiente) que podríamos denominar *des-identificadores*, la centralidad consiste en que a partir de llevar a cabo un rediseño corporal (complicado y a veces muy doloroso), aspiran en realidad, aunque desde otras coordenadas, a rediseñar su lugar y su espacio social a partir de una diversidad de motivos y de razones, no sólo al interior del agrupamiento, sino en lo principal, hacía afuera de éste.

Uno de los acontecimientos quizás más fuertes y potentes es cuando alguno de los miembros de la adscripción identitaria de la MS-13 o del B-18, ya sean hombres o mujeres, se han desilusionado de la clica y quieren retirarse o no pertenecer más, por lo que se arriesgan a someterse a los tratamientos y a los procedimientos técnicos-tecnológicos a fin de remover el emblema o el identificador cultural: los tatuajes / las letras, que los afiliaban a la mara, a la “pandilla”. Esta decisión es una apuesta en tanto que el mayor riesgo está en que la clica se entere, los persiga, o les den “luz verde” (sentencia de muerte) puesto que para el agrupamiento este hecho simplemente representaría un acto de traición y esta se paga con la vida.

Considero que aunque se logren retirar estos identificadores culturales (las iconografías y las escrituras) con respecto a la adscripción de la MS-13 o del B-18, nunca se dejara de ser *mará* o *barrio* ya que queda una huella,

una suerte de impronta, no sólo desde la materialidad o del hecho fáctico de una cicatriz (por lo común algo desagradable estéticamente hablando) sino, ante todo, un marcaje simbólico, es decir, la cicatriz conlleva a la presencia y a la memoria de lo que aún queda de la afiliación y de la pertenencia como integrante, plagada de anécdotas, de sucesos agradables como desagradables, de acontecimientos y de vivencias que han signado la historia individual construida colectivamente.

PROBLEMATIZACIONES

Los espacios y los territorios de lo corporal y de las *corporalidades* (Muñiz, 2010) han representado y han sido, a través de habitarlos y de ser habitados vía una serie de tecnologías en formatos estéticos como los tatuajes, las palabras y las escrituras, tanto una decisión relativa de sí y una posibilidad de ser cuerpos (Piña, 2004) circunscritos a ciertas coordenadas de las adscripciones identitarias infanto-juveniles al límite (Valenzuela, Nateras y Reguillo, 2007), al extremo y en los bordes, como lo son los agrupamientos de los *emos*, de los *homies* del Barrio 18 (B-18) y de la Mara Salvatrucha (MS-13).

Dichos espacios y territorios apropiados van más allá del valor artístico y estético que pudiesen tener; incluso de visualizarlos como lienzos, aludiendo a la calidad de la piel²⁵ o como galerías ambulantes refiriendo a las iconografías en tanto objetos culturales de colección o una suerte de grafitis en las paredes de los cuerpos ¿arte efímero? (Carles, *et. al.*, 1988: 235-246), sino que también los podríamos situar como lugares de sobrevivencia sociocultural y, por ende, de resistencia, en otras palabras, sus anclajes están en sus alcances de interpelación: en las gramáticas de lo político.

Si consideramos a éstos cuerpos como una suerte de vehículos y de transportadores, a lo que nos podrían conducir es a visualizarlos y a mirarlos a partir de la variedad de sentidos y de significados, es decir, directrices que articulan y que organizan su intervención, por lo que tendríamos que trazar la imperiosa necesidad académica de la re-politización de tales *corporalida-*

²⁵ Desde una parte del relato del gremio de tatuadores comentan que determinadas pieles, las menos morenas y oscuras, ayudan a sobresaltar los colores rojos, verdes, amarillos y morados de las iconografías correspondientes.

des; máxime cuando estamos ante agrupamiento (*emos*, MS-13 y B-18) que no sólo han sido golpeados (los *emotivos*), reprimidos y perseguidos, sino eliminados/ejecutados extrajudicialmente (Maras y Barrio 18), asesinados, pues, bajo las lógicas de que éstos últimos son *desechables* (Martín-Barbero, 1987) ya que para los argumentos del estado y de los gobiernos ultraconservadores y recalcitrantes de la derecha y clericales, son los que supuestamente los hacen fracasar (también en sus dogmas morales), por lo que en sus imaginarios hay que eliminarlos, no sólo físicamente, sino borrarlos en su adscripción identitaria infanto-juvenil, porque supuestamente también afean el paisaje de la fantasía y de la ilusión neoliberal (económica, social y culturalmente hablando).

BIBLIOGRAFÍA

- BRITO, Roberto (2002): "Identidades juveniles y praxis divergente, acerca de la conceptualización en juventud". En: Nateras, Alfredo (Coord.) *Jóvenes, Culturas e Identidades Urbanas*. México: UAM-I, Miguel Ángel Porrúa, pp.43-61.
- DE ALBA, Martha (2007): "Mapas imaginarios del Centro Histórico de la Ciudad de México: de la experiencia al imaginario urbano". En: Arruda, Ángela y Martha de Alba (Coords.) *Espacios imaginarios y representaciones sociales. Aportes desde Latinoamérica*. México : Anthropos-UAM, pp. 285-319.
- DIAZ, Rodrigo (2002): "La creación de la presencia. Simbolismo y performance en grupos juveniles". En: Nateras, Alfredo (Coord.) *Jóvenes, culturas e identidades urbanas*. México: UAM-I, Miguel Ángel Porrúa, pp. 19-41.
- FERNÁNDEZ, José (Coord.) (1988): *Arte efímero y espacio estético*. Barcelona: Anthropos.
- GOFFMAN, Erving (1993): *Estigma. La identidad deteriorada*. Buenos Aires Amorrortu Editores, Buenos Aires.
- IBÁÑEZ, Tomás (Coord.) (1992): *El conocimiento de la realidad social*. Madrid: Ed. Sendai.
- ____ (1988): *Ideologías de la vida cotidiana*. Madrid: Ed. Sendai.
- LAKOFF, George y Mark Johnson (1980): *Metáforas de la vida cotidiana*. Madrid: Cátedra, Teorema, 1995.
- LE BRETON, David (2010): "Firmar o rasgar su cuerpo: las nuevas generaciones". En: Muñiz, Elsa (Coord.). *Disciplinas y prácticas corporales. Una mirada a las sociedades contemporáneas*. México: Anthropos, UAM-A, pp.72-85.
- MARTIN-BARBERO, Jesús (1987): "Jóvenes: Des-orden cultural y palimpsestos de identidad". En: Cubides, Humberto, Laverde María Cristina y Carlos Eduardo Valderrama (Editores). *Viviendo a toda". Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*. Bogotá: Universidad Central-DIUC, Siglo del Hombre Editores, pp. 22-37.
- MONTERO, Maritza (Coord.) (1994): *Construcción y crítica de la psicología social*, ANTHROPOS, Barcelona España.

- MOSCOVICI, Serge (1979): *El Psicoanálisis, su imagen y su público*, Buenos Aires, Argentina, Editorial, Huemul s.a.
- MUÑIZ, Elsa (2011): *La cirugía cosmética: ¿un desafío a la "naturaleza"? Belleza y perfección como norma*. México: UAM-A / CONACYT.
- ____ (2010): "Las prácticas corporales. De la instrumentalidad a la complejidad". En: Muñiz, Elsa (Coord.) *Disciplinas y prácticas corporales. Una mirada a las sociedades contemporáneas*. México: Anthropos-UAM-A, pp.17-48.
- NATERAS, Alfredo (2010): "Performatividad. Cuerpos juveniles y violencias sociales". En: Reguillo, Rossana (Coord.) *Los jóvenes en México*. México: FCE. Biblioteca Mexicana, pp.225-261.
- ____ (2008): "Las violencias sociales o todos somos emos", en, *Revista Topodrilo*, No.8, Noviembre / Diciembre. México: UAM-I, pp. 57-62.
- PAYÁ, Víctor (2006): *Vida y muerte en la cárcel. Estudio sobre la situación institucional de los prisioneros*. México: UNAM / Plaza y Valdés.
- PIÑA, Cupatitzio (2004): *Cuerpos posibles. Cuerpos modificados. Tatuajes y perforaciones en jóvenes urbanos*. México: SEP / IMJ.
- ROMERO, Matías (2003): *Diccionario de Salvadoreñismos*. El Salvador C. A.: Editorial Delgado-Universidad, Dr. José Matías Delgado.
- SARAVÍ, Gonzalo (2009): *Transiciones vulnerables. Juventud, desigualdad y exclusión en México*. México: CIESAS.
- URTEAGA, Maritza (1998): *Por los Territorios del Rock. Identidades Juveniles y Rock Mexicano*: CNCA / SEP / Causa Joven Colección Jóvenes No.3.
- ____ (2008): "Jóvenes, diversidades jerarquizadas y distinciones". En: *Revista Topodrilo* No.8, Noviembre / Diciembre. México: UAM-I, pp. 63-66.
- VALENZUELA, José Manuel, Nateras Alfredo y Reguillo, Rossana (Coord.) (2007): *Las Maras. Identidades Juveniles al Límite*. México: Universidad Autónoma Metropolitana, El Colegio de la Frontera Norte, Juan Pablo Editores.

Esta obra terminó de imprimirse
en noviembre de 2014 en los talleres de:
Navegantes de la comunicación gráfica S.A. de C.V.
ubicados en Pascual Ortiz Rubio no. 40, Col. San Simón Ticumac,
Benito Juárez, C.P. 03660,
México, D.F.

El presente volumen expone el interés colectivo por constituir un campo de estudio. Se trata de analizar los avances -y también los tropiezos y vaivenes- en la investigación sobre el "cuerpo" o lo "corporal" como un espacio de indagaciones múltiples y miradas diversas.

Los textos que componen esta obra revelan un conjunto de prácticas comunes y cotidianas que en el transcurso de su ejecución fundan a los sujetos de género: las *prácticas corporales*, sistemas complejos y reiterados de discursos, representaciones y acciones que constituyen sujetos encarnados o corporeizados.

Esta empresa colectiva muestra un ejercicio intelectual transdisciplinario en la comprensión de las *prácticas corporales*.

ISBN-13: 978-607-209186-5



9 786079 209186

LACIFRA
LABORATORIO DE INVESTIGACIONES
CIENTÍFICAS Y FENOMENOLÓGICAS



UNIVERSIDAD
DE LA PAZ
DE OROQUENA